

El monte de las ánimas¹

(LEYENDA SORIANA)

La noche de difuntos me despertó a no sé qué hora el doble de las campanas. Su tañido monótono y eterno me trajo a las mientes esta tradición que oí hace poco en Soría.

Intenté dormir de nuevo. ¡Imposible! Una vez aguijoncada, la imaginación es un caballo que se desboca y al que no sirve tirarle de la rienda. Por pasar el rato, me decidí a escribirla, como en efecto lo hice.

A las doce de la mañana, después de almorzar bien, y con un cigarro en la boca, no le hará mucho efecto a los lectores de *El Contemporáneo*². Yo la oí en el mismo lugar en que acaeció, y la he escrito volviendo algunas veces la cabeza con miedo, cuando sentía crujir los cristales de mi balcón, estremecidos por el aire frío de la noche.

Sea de ella lo que quiera, *allá va*, como el caballo de copas.

¹ El tema del cazador maldito (caballero —noble o clérigo— condenado por sus pecados sacrilegos a vagar eternamente sobre cabalgadura sobrenatural, persiguiendo a una presa si su sacrilegio ha consistido en interrumpir, llevado de la pasión por la caza, oficios divinos o celebraciones litúrgicas), tan frecuente en el folklóre europeo, es incorporado por Bécquer en *El monte de las ánimas* como motivo accesorio, centrado en torno a la actuación de los templarios y sus cacerías fantásticas, y fundido con el resto de elementos de la leyenda, en la que son muy visibles las manifestaciones de la imaginación de Bécquer, su creatividad literaria personalizada y la maestría de sus técnicas narrativas.

² Con el título de *El Contemporáneo. Periódico Político* se editó en Madrid un diario desde el año 1860 hasta 1865. En este periódico colaboró activamente Bécquer y publicó muchas de sus leyendas.

—Atad los perros, haced la señal con las trompas para que se reúnan los cazadores y demos la vuelta a la ciudad. La noche se acerca, es día de Todos los Santos y estamos en el Monte de las Ánimas.³

—¡Tan pronto!

—A ser otro día, no dejara yo de concluir con ese rebaño de lobos que las nieves del Moncayo⁴ han arrojado de sus madrigueras; pero hoy es imposible. Dentro de poco sonará la acción en los Templarios⁵, y las ánimas de los difuntos comenzarán a tañer su campana en la capilla del monte.

—En esa capilla ruinosal ¡Bah! ¿Quieres asustarme?

—No, hermosa prima. Tú ignoras cuanto sucede en este país, porque aún no hace un año que has venido a él desde muy lejos. Refrena tu yegua, yo también pondré la mía al paso, y mientras dure el camino te contaré esa historia.

Los pajes se reunieron en alegres y bulliciosos grupos. Los condes de Borges y de Alcludel montaron en sus magníficos caballos, y todos juntos siguieron a sus hijos Beatriz y Alonso, que precedían la comitiva a bastante distancia.

Mientras duraba el camino, Alonso narró en estos términos la prometeda historia:

—Ese monte que hoy llaman de las Ánimas pertenecía a los Templarios, cuyo convento ves allí, a la margen del río. Los

³ Según Heliodoro Carpintero, había en Soria desde tiempo inmemorial una Cofradía de Ánimas que disponía para su religioso cometido de los aprovechamientos del monte citado, situado en una de las orillas del Duero. Con la desamortización de Mendizábal, la Cofradía se vio privada de aquellos ingresos y languideció. Pero el monte conservó su nombre. (*Cronología literaria soriana en Galiano Adolfo Beguer, en Biquier y Soria, Madrid, C. S. I. C., 1970, pág. 39*)

⁴ Este pico, de 2.315 metros de altitud, forma desde 1204 la línea divisoria entre Soria y Zaragoza, entre Castilla y Aragón. Desde su cumbre se divisa grandioso panorama.

⁵ Hubo un antiguo monasterio de los caballeros Templarios, que fue abandonado por ellos en 1312, por ser suprimida la orden en toda Europa. De los Templarios pasó a ser propiedad de los Hospitalarios de San Juan de Duero. Hoy sólo queda la iglesia, de ábside rectangular, y dos bovedas de crucería.

templarios eran guerreros y religiosos a la vez⁶. Conquistada Soria a los árabes⁷, el rey los hizo venir de lejanas tierras para defender la ciudad por la parte del puente, haciendo en ello notable agravio a sus nobles de Castilla, que así hubieran solos sabido defenderla como solos la conquistaron. Entre los caballeros de la nueva y poderosa orden y los hidalgos de la ciudad fermentó por algunos años, y estalló al fin, un odio profundo. Los primeros tenían acotado ese monte, donde reservaban caza abundante para satisfacer sus necesidades y contribuir a sus placeres. Los segundos determinaron organizar una gran batalla en el coto, a pesar de las severas prohibiciones de los *clérigos con espuelas*, como llamaban a sus enemigos. Cundió la voz del reto, y nada fue parte a detener a los unos en su manía de cazar y a los otros en su empeño de estorbarlo. La proyectada expedición se llevó a cabo. No se acordaron de ellas las fieras. Antes la tendrían presente tantas madres como arrastraron sendos lutos por sus hijos. Aquello no fue una cacería. Fue una batalla espantosa: el monte quedó sembrado de cadáveres. Los lobos, a quienes se quiso exterminar, tuvieron un sangriento festín. Por último, intervino la autoridad del rey: el monte, maldira ocasión de tantas desgracias, se declaró abandonado, y la capilla de los religiosos, situada en el mismo monte, y en cuyo atrio se enterraron juntos amigos y enemigos, comenzó a arruinarse. Desde entonces dicen que cuando llega la noche de difuntos se oye doblar sola la campana de la capilla, y que las ánimas de los muertos envueltas en jirones de sus sudarios, corren como en una cacería fantástica por entre las breñas y los zarzales. Los ciervos braman espantados, los lobos aullan, las culebras dan horribrosos silbidos, y al otro día se han visto impresas en la nieve las huellas de los descarnados

⁶ Caballeros de la Orden del Temple, fundada en 1118. Tenía como misión el asegurar los caminos a los visitantes y peregrinos de los Santos Lugares. Alcanzó en el siglo XIII su esplendor y un siglo más tarde fue abolida, a causa, en vez de la templanza, de la vida relajada y la disipación. En España se pone fin a la presencia de la orden entre 1307 y 1312. Por bula del papa Juan XXII, sus bienes pasaron a la orden de San Juan de Jerusalén.

⁷ Intervinieron en la conquista navarros, aragoneses y castellanos, pero fue en el reinado de Alfonso VII, concretamente en 1134, cuando se consiguió la ocupación definitiva. Este mismo rey repobló la ciudad y la engrandeció.

pies de los esqueletos. Por eso en Soria lo llamamos el Monte de las Ánimas, y por eso he querido salir de él antes que cierre la noche.

La relación de Alonso concluyó justamente cuando los dos jóvenes llegaban al extremo del puente que da paso a la ciudad por aquel lado. Allí esperaron al resto de la comitiva, la cual, después de incorporarse⁸ los dos jinetes, se perdió por entre las estrechas y oscuras calles de Soria.

II

Los servidores acababan de levantar los mantiles; la alta chimenea gótica del palacio de los condes de Alcudiel despedía un vivo resplandor, iluminando algunos grupos de damas y caballeros que alrededor de la lumbre conversaban familiarmente, y el viento azotaba los emplomados vidrios de las ojivas del salón.

Solas dos personas parecían ajenas a la conversación general: Beatriz y Alonso. Beatriz seguía con los ojos, y absorta en un vago pensamiento, los caprichos de la llama. Alonso miraba el reflejo de la hoguera chispear en las azules pupilas de Beatriz.

Ambos guardaban hacía rato un profundo silencio.

Las dueñas⁹ se referían, a propósito de la noche de difuntos, cuentos temerosos, en que los espectros y los aparecidos representaban el principal papel; y las campanas de las iglesias de Soria doblaban a lo lejos con un tañido monótono y triste.

—Hermosa prima —exclamó, al fin Alonso, rompiendo el largo silencio en que se encontraban—, pronto vamos a separarnos, tal vez para siempre; las áridas llanuras de Castilla, sus costumbres toscas y guerrerías, sus hábitos sencillos y patriarcales, sé que no te gustan; te he oído suspirar varias veces, acaso por algún galán de tu lejano señorío.

⁸ *Incorporárasele*: corregimos el plural erróneo de la versión periodística (*incorporásele*).

⁹ Mujeres viudas que había en las casas principales para dar apariencia de autoridad y respeto y para vigilar y dirigir a las demás criadas.

Beatriz hizo un gesto de fría indiferencia: todo un carácter de mujer se reveló en aquella desdeñosa contracción de sus delgados labios.

—Tal vez por la pompa de la corte francesa, donde hasta aquí has vivido —se apresuró a añadir el joven—. De un modo o de otro, presiento que no tardaré en perderte... Al separarnos, quisiera que llevases una memoria mía... ¿Te acuerdas cuando fuimos al templo a dar gracias a Dios por haberte devuelto la salud que viniste a buscar a esa tierra? El joyel que sujetaba la pluma de mi gorra cautivó tu atención. ¡Qué hermoso estaría sujetando un velo sobre tu oscura cabellera! Ya ha prendido el de una desposada, mi padre se lo regaló a la que me dio el ser, y ella lo llevó al altar... ¿Lo quieres?

—No sé en el tuyo —contestó la hermosa—; pero en mi país una prenda recibida compromete una voluntad. Sólo en un día de ceremonia debe aceptarse un presente de manos de un deudo...; que aún puede ir a Roma sin volver con las manos vacías.

El acento helado con que Beatriz pronunció estas palabras turbó un momento al joven que, después de serenarse, dijo con tristeza:

—Lo sé, prima; pero hoy se celebran Todos los Santos, y el tuyo entre todos; hoy es día de ceremonias y presentes. ¿Quieres aceptar el mío?

Beatriz se mordió ligeramente los labios y extendió la mano para tomar la joya, sin añadir una palabra.

Los dos jóvenes volvieron a quedarse en silencio, y volvióse a oír la cascada voz de las viejas que hablaban de brujas y de tragos, y el zumbido del aire que hacía crujir los vidrios de las ojivas, y el triste y monótono doblar de las campanas.

Al cabo de algunos minutos, el interrumpido diálogo tornó a anudarse de este modo:

—Y antes que concluya el día de Todos los Santos, en que así como el tuyo se celebra el mío, y puedes, sin atar tu voluntad dejarme un recuerdo, ¿no lo harás? —dijo él, clavando una mirada en la de su prima, que brilló como un relámpago, iluminada por un pensamiento diabólico.

—¿Por qué no? —exclamó ésta, llevándose la mano al hombro derecho como para buscar alguna cosa entre los pliegues

de su ancha manga de terciopelo bordado de oro. Después, con una infantil expresión de sentimiento, añadió—: ¿Te acuerdas de la banda azul que llevé hoy a la cacería, y que por no sé qué emblema de su color me dijiste que era la divisa de tu alma?

—Sí.

—¡Pues... se ha perdido! Se ha perdido, y pensaba dejártela como un recuerdo.

—¡Se ha perdido! ¿Y dónde? —preguntó Alonso, incorporándose de su asiento y con una indescriptible expresión de temor y esperanza.

—No sé... En el monte, acaso.

—¡En el Monte de las Animas! —murmuró, palideciendo y dejándose caer sobre el sitial—. ¡En el Monte de las Animas! —luego prosiguió, con voz entrecortada y sorda—: Tú lo sabes, porque lo habrás oído mil veces. En la ciudad, en toda Castilla, me llaman el rey de los cazadores. No habiendo aún podido probar mis fuerzas en los combates, como mis ascendientes, he llevado a esa diversión, imagen de la guerra, todos los brtos de mi juventud, todo el ardor hereditario en mi raza. La alfombra que pisan tus pies son despojos de fieras que he muerto por mi mano. Yo conozco sus guardias y sus costumbres, yo he combatido con ellas de día y de noche, a pie y a caballo, solo y en batida, y nadie dirá que me ha visto huir el peligro en ninguna ocasión. Otra noche volaría por esa banda, y volaría gozoso como a una fiesta, y, sin embargo, esta noche... esta noche, ¿a qué ocultárela?, tengo miedo. ¿Oyes? Las campanas doblan, la oración ha sonado en San Juan del Duero¹⁰, las ánimas del monte comenzarán ahora a levantar sus amarillentos cráneos de entre las malezas que cubren sus fosas... ¡Las ánimas!, cuya sola vista puede helar de horror la sangre del más valiente, tornar sus cabellos blancos o arrebatarle en el torbellino de su fantástica carrera como una hoja que arrastra el viento sin que se sepa adónde.

¹⁰ Llamado inicialmente San Juan del Hospital, por ser monasterio perteneciente a los caballeros Hospitalarios, poseyó iglesia erigida en el siglo xii, clausuro anejo y otras dependencias. Conserve noticias de sus abades del siglo xiv. Hoy quedan en pie la iglesia y el sorprendente claustro.

Mientras el joven hablaba, una sonrisa imperceptible se dibujó en los labios de Beatriz, que, cuando hubo concluido, exclamó en un tono indiferente y mientras atizaba el fuego del hogar, donde saltaba y crujía la leña, arrojando chispas de mil colores:

—¡Oh! Eso, de ningún modo. ¡Qué locura! Ir ahora al monte por semejante friolera! ¡Una noche tan oscura, noche de difuntos y cuajado el camino de lobos!

Al decir esta última frase la recargó de un modo tan especial, que Alonso no pudo menos de comprender toda su amarga ironía; movido como por un resorte se puso de pie, se pasó la mano por la frente, como para arrancarse el miedo que estaba en su cabeza y no en su corazón, y con voz firme exclamó, dirigiéndose a la hermosa, que estaba aún inclinada sobre el hogar, entreteniéndose en revolver el fuego:

—Adiós, Beatriz, adiós. Hasta... pronto.

—¡Alonso, Alonso! —dijo ésta, volviéndose con rapidez, pero cuando guiso o aparentó querer detenerle, el joven había desaparecido.

A los pocos minutos se oyó el rumor de un caballo que se alejaba al galope. La hermosa, con una radiante expresión de orgullo satisfecho que coloreó sus mejillas, prestó atento oído a aquel rumor que se debilitaba, que se perdía, que se desvanecía por último.

Las viejas, en tanto, continuaban en sus cuentos de ánimas aparecidas; el aire zumbaba en los vidrios del balcón, y las campanas de la ciudad doblaban a lo lejos.

III

Había pasado una hora, dos, tres; la medianoche estaba a punto de sonar, cuando Beatriz se retiró a su oratorio. Alonso no volvía, no volvía, y, a querer, en menos de una hora podría haberlo hecho.

—¡Habrá tenido miedo! —exclamó la joven, cerrando su libro de oraciones y encaminándose a su lecho, después de haber intentado inútilmente murmurar algunos de los rezos que la iglesia consagra en el día de difuntos a los que ya no existen.

Después de haber apagado la lámpara y cruzado las dobles cortinas de seda, se durmió; se durmió con un sueño inquieto, ligero, nervioso.

Las doce sonaron en el reloj del Postigo¹¹. Beatriz oyó entre sueños las vibraciones de la campana, lentas, soridas, tristes; mas, y entreabrió los ojos. Creía haber oído, a par de ellas, pronunciar su nombre; pero lejos, muy lejos, y por una voz ahogada y doliente. El viento gemía en los vidrios de la ventana.

—Será el viento —dijo, y poniéndose la mano sobre el corazón procuró tranquilizarse.

Pero su corazón latía cada vez con más violencia, las puertas de alerce del oratorio habían crujido sobre sus goznes con un chirrido agudo, prolongado y estridente.

Primero unas y luego las otras más cercanas, todas las puertas que daban paso a su habitación iban sonando por su orden; éstas con un ruido sordo y grave, aquéllas con un lamento largo y crispador. Después, silencio; un silencio lleno de rumores extraños, el silencio de la medianoche; con un murmullo monótono de agua distante, lejanos ladridos de perros, voces confusas, palabras ininteligibles; eco de pasos que van y vienen, crujir de ropas que se arrastran, suspiros que se ahogan, respiraciones fatigosas que casi se sienten, estremecimientos involuntarios que anuncian la presencia de algo que no se ve, y que no obstante se nota su aproximación en la oscuridad.

Beatriz, inmóvil, temblorosa, adelantó la cabeza fuera de las cortinas y escuchó un momento. Oía mil ruidos diversos; se pasaba la mano por la frente, tornaba a escuchar; nada, silencio.

Vela, con esa fosforescencia de la pupila en las crisis nerviosas, como bultos que se movían en todas direcciones, y cuando dilatándose las fijaba en un punto, nada; osuridad, las sombras impenetrables.

—¡Bah! —exclamó, volviendo a recostar su hermosa cabeza

¹¹ En tiempo de Bécquer, la del Postigo era una de las más monumentales salidas de la ciudad amurallada. Entre los dos tambores que defendían la entrada se alzaba una espadana, con un vano ocupado por la campana de un reloj. Debajo se veía la cisterna, que en caracteres antiguos marcaba las horas.

sobre la almohada de raso azul del lecho—. ¿Soy yo tan miedosa como estas pobres gentes cuyo corazón palpita de terror bajo una armadura al oír una conseja de aparecidos?

Y cerrando los ojos, intentó dormir...; pero en vano había hecho un esfuerzo sobre sí misma. Pronto volvió a incorporar-se, más pálida, más inquieta, más aterrada. Ya no era una ilusión: las colgaduras de brocado de la puerta habían rozado al separarse, y unas pisadas lentas sonaban sobre la alfombra; el rumor de aquellas pisadas era sordo, casi imperceptible, pero continuado, y a su compás se oía crujir una cosa como madera o hueso. Y se acercaban, se acercaban, y se movió el reclinatorio que estaba a la orilla de su lecho. Beatriz lanzó un grito agudo, y rebujándose en la ropa que la cubría escondió la cabeza y continuó el aliento.

El aire azotaba los vidrios del balcón; el agua de la fuente lejána caía y caía con un rumor eterno y monótono; los ladridos de los perros se dilataban en las ráfagas del aire, y las campanas de la ciudad de Soría, unas cerca, otras distantes, doblaban tristemente por las ánimas de los difuntos.

Así pasó una hora, dos, la noche, un siglo, porque la noche aquella pareció eterna a Beatriz. Al fin, despuntó la aurora. Vuelta de su temor, entreabrió los ojos a los primeros rayos de la luz. Después de una noche de insomnio y de terrores, ¡es tan hermosa la luz clara y blanca del día! Separó las cortinas de seda del lecho, tendió una mirada serena a su alrededor, y ya se disponía a reírse de sus temores pasados, cuando de repente un sudor frío cubrió su cuerpo, sus ojos se descajaron y una palidez mortal descoloró sus mejillas: sobre el reclinatorio había visto, sangrienta y desgarrada, la banda azul que perdiera en el monte, la banda azul que fue a buscar Alonso.

Cuando sus servidores llegaron, despavoridos, a noticiarle la muerte del primogénito de Alcuéle, que a la mañana había aparecido devorado por los lobos entre las malezas del Monte de las Ánimas, la encontraron inmóvil, crispada, asida con ambas manos a una de las columnas de ébano del lecho, descajados los ojos, entreabierta la boca, blancos los labios, rígidos los miembros, muerta, muerta de horror.

Dicen que después de acecido este suceso, un cazador extraviado que pasó la noche de Difuntos sin poder salir del Monte de las Ánimas, y que al otro día, antes de morir, pudo contar lo que viera, refirió cosas horribles. Entre otras, se ase los nobles de Soria enterrados en el atrio de la capilla levantar sobre osamentas de corceles, perseguir como a una fiera a una mujer hermosa, pálida y desmelenada que, con los pies desnudos y sangrientos, y arrojando gritos de horror, daba vueltas alrededor de la tumba de Alonso.

Los ojos verdes¹

(LEYENDA)

Hace mucho tiempo que tenía ganas de escribir cualquier cosa con este título. Hoy, que se me ha presentado ocasión, lo he puesto con letras grandes en la primera cuartilla de papel, y luego he dejado a capricho volar la pluma.

Yo creo que he visto unos ojos como los que he pintado en

¹ Podemos considerar que la leyenda es una recreación de un tema perteneciente al folclore europeo, que en sus formulaciones concretas posee diversas formas y variantes. Es el tema de la *dama del lago*, hermosa mujer que encarna un espíritu mágico, seduce a quien se aproxima a las orillas y lo arrastra consigo hacia la profundidad de las aguas y la muerte.

Como posible fuente española, debemos mencionar la leyenda de la *dama del lago* que aparece en el *Caballero Cifur* (mujer de gran belleza sale de las aguas para seducir al caballero, llevándolo hasta el fondo del lago, donde existe un reino encantado), aunque quizá este más cerca el romance de Manuel José Quintana *La fuente de la mora encantada* (Poetas, Madrid, La Lectura, 1927, páginas 249-253).

José Pedro Díaz propone que, aunque este tema tradicional pudo llegarle a Bécquer por diferentes vías, la lectura de una síntesis del mismo, hallada en uno de los textos con que Nerval acompañó sus traducciones de Heine (*Préface a La mer du Nord*), pudo ser la vía concreta. (José Pedro Díaz, *op. cit.*, págs. 427.)

Henry Charles Turk subraya los puntos de coincidencia entre el tema de *Los ojos verdes* y la balada *Der Fischer* de Goethe, que trata de la atracción de un pescador por un espíritu del agua. (*German Romantizism in Gustavo Adolfo Bécquer's Short Stories*, Lawrence, Kansas, 1959, págs. 23-24.)

Finalmente, J. Guisoy intenta demostrar que *Los ojos verdes* es una reelaboración del relato *La ondina del lago azul*, perteneciente a la poeta cubana Cerrutis Gómez de Avellaneda. (La fuente común de *Los ojos verdes* y *El rey de lama* de G. A. Bécquer, *cit.*, págs. 96-104.)